

nal. Declara así la necesidad imperiosa de que ningún espacio humano —aun el de apariencia más frívolo— sea indiferente a la sensibilidad de los consagrados.

Puede decirse que a lo largo de estas páginas se muestra la capacidad del autor para percibir «los signos de este tiempo» a la vez que ofrece muchas propuestas interesantes para vivirlos. Esto no significa estar de acuerdo con todo lo dicho...

Si bien es cierto que no es esperable que una reflexión sobre un determinado tema agote todas sus posibilidades, en este caso y a la hora de encarar el panorama cultural actual, notamos una ausencia fundamental y se refiere al aporte de la mujer. Por otra parte, la vida religiosa también es vida religiosa femenina y esto significa que hay muchas consagradas que, presentes en variados foros, en lugares de frontera, en nuevas misiones y comprometidas en investigaciones dentro de las ciencias humanas y la teología, han dado a luz trabajos que vienen aportando, precisamente sobre el tema de la relación, reflexiones muy valiosas que se conocen por su novedad y solidez.

Además, y señalando otro punto sobre este tema, es tan importante el análisis de la crisis actual de la figura paterna en las familias, en la sociedad, en la vida consagrada —al que Cencini dedica varias páginas en el cap. VII— como la consideración de lo que la mujer realiza en esta misma sociedad, en la que muchas veces su dignidad queda a la sombra, sin el reconocimiento de la otros... aunque exista el reconocimiento del Otro. Es, en alguna medida, *una pérdida relacional* que no haya sido la mujer —presente en la figura de María y el niño que ilustra la tapa—, un espacio privilegiado de la relación y el compartir, temas que han sido fundamentales a lo largo de estas páginas.—SILVIA MERLO, aci.

HISTORIA DE LA IGLESIA

ROBERTO MOROZZO DELLA ROCA (Ed.), *Óscar Romero. Un obispo entre guerra fría y revolución* (Madrid, San Pablo, 2003), 354 pp. ISBN: 84-285-2558-7.

Las terribles desigualdades socio-económicas y la corrupción política que vive América Latina desde hace muchos años dieron lugar hace casi treinta y cinco años al surgimiento de una nueva corriente teológica, conocida como la Teología de la Liberación. Dado su carácter radical y su surgimiento en un contexto de *guerra fría*, la Teología de la Liberación se vio pronto condenada a la marginación y a la persecución, además de no encontrar ningún tipo de apoyo en las jerarquías vaticanas. De hecho, no se conoce ningún cardenal que haya sido adscrito a dicha corriente, y el obispo de mayor relevancia dentro de la Teología de la Liberación y objeto del libro que ahora pasamos a comentar, Óscar Romero, fue asesinado en 1980.

Quizá por ello Roberto Morozzo, Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Roma III, ha dirigido una obra en la que llegan a participar hasta quin-

ce autores diferentes y que ha sido prolongada por quien fuera Cardenal-Arzbispo de Marsella, Monseñor Roger Etcheagaray. Hay que decir, en ese sentido, que no se trata de una biografía propiamente dicha, ya que no sigue ningún tipo de orden cronológico, sino que los distintos participantes en la misma aportan su conocimiento sobre aspectos concretos de la figura de este insigne arzobispo. Por ejemplo, Jesús Delgado analiza la categoría cultural y formación de Óscar Romero, repasando todas las fuentes (entre ellas los libros escritos por el propio biografiado). Mientras, hay autores que no hablan concretamente de Romero, sino que relatan cuál era el contexto histórico en el que él hubo de desarrollar su labor (por ejemplo, Ricardo Cannelli o Roberto Blancarte): los problemas con los militares y la oligarquía, las importantes transformaciones que se produjeron en las décadas de los sesenta y setenta o el golpe del 15 de octubre de 1979. Desde esta perspectiva, parece evidente una coincidencia en la mayoría de los autores, por no decir la totalidad, a la hora de reconocer la decisiva influencia que jugó el marco de la *guerra fría* en la actuación de Monseñor Romero y su trágico final. Lo cierto es que el resultado final de la obra es un libro bien trabajado, diverso, muy ameno en algunas aportaciones y que se configura como un punto de referencia para todos aquellos que quieran acercarse a la figura del arzobispo salvadoreño.

Etcheagaray dice con acierto en su prólogo que Romero era un hombre en cuya trayectoria tuvo un papel muy relevante el Concilio Vaticano II: en concreto un documento, la constitución pastoral *Gaudium et spes*. Sin embargo, no sabemos si muy acertadamente, asegura en varias ocasiones que el Arzobispo de San Salvador era un hombre que no había nacido para el liderazgo y que, a pesar de la relevancia de sus palabras, fue, fundamentalmente, un hombre de oración que huía del odio político y de la acción destructiva de las ideologías. Etcheagaray desea romper con ese mito que ha forjado la izquierda más radical acerca del obispo, afirmando que era un hombre de posiciones mucho más moderadas, por lo que resultan necesarios nuevos estudios que maten la personalidad y obra de Óscar Romero.

Fuera esto así o no, Morozzo ha querido estructurar la obra en torno a tres partes fundamentales. La primera habla de Romero como hombre de Iglesia (su comportamiento como cristiano y como obispo). En ella el propio Morozzo analiza lo que él ve como una identidad controvertida: sus dudas y certezas y su actuación entre la fe y la política, aunque dejando claro que al final él siempre fue obispo de todos, tuviera la ideología que tuviera. Mientras, el ya citado Jesús Delgado ha realizado una exhaustiva investigación sobre la formación de Romero: su fichero de notas personales de interés, cuáles eran sus principales temas de interés, el material bibliográfico y los autores que conformaban el firmamento cultural del arzobispo (desde San Agustín hasta Monseñor Eduardo Pironio, quien fuera Arzobispo de Mar de Plata y llegara a cardenal). Agostino Giovagnoli, por su parte, ha analizado la relación de Romero con los dos papas que le correspondieron durante su etapa como obispo (Pablo VI y Juan Pablo II, no contamos a Juan Pablo I por la rapidez de su muerte). Por último, Mariano Imperato se ha encargado de la estructuración de las homilías de Romero; Vincenzo Paglia, del problema de la Iglesia perseguida y de los pobres; y Edward Idris Cassidy, quien, como Consejero de la Nunciatura, pudo tratar personalmente a Romero, de la singular personalidad de este eclesiástico salvadoreño.

La segunda parte de la obra tiene un título («El Salvador de Romero») que no parece adelantar lo que a continuación se cuenta, y que no es otra cosa que el contexto histórico en el cual hubo de desarrollar Romero su labor episcopal. Mientras Ri-

cardo Cannelli aborda el poder militar en El Salvador, Jean Dominique Durand se encarga de analizar las características de la democracia cristiana salvadoreña. A su vez, Héctor Dada Hirezi narra la relación entre la acción política y el papel del arzobispo en dicha acción y, por último, Roberto Blancarte no duda en presentar a Romero como un «mártir de la Guerra Fría».

La tercera parte del libro, que es la que cierra esta interesante aportación historiográfica, reflexiona sobre el legado de Romero cuando ha transcurido más de dos décadas desde el asesinato de Romero. Ante los que piden a Roma que considere al arzobispo como un *mártir* de la Iglesia, Alberto Melloni hace una larga disquisición sobre la evolución del procedimiento para las causas de beatificación y canonización a lo largo del pontificado de Juan Pablo II. Marco Gallo, por su parte, ha realizado una exhaustiva investigación sobre la imagen de Óscar Romero en América Latina, resultando evidente la división entre los sectores más cercanos a la Teología de la Liberación (que le consideran como un punto de referencia) y los más ultraconservadores, representados por publicaciones como la revista colombiana *Tierra Nueva*, donde, en 1982, Romero fue acusado de haber mostrado parcialidad hacia las organizaciones populares y de poseer una visión maniquea de la sociedad. Las tres últimas aportaciones dentro de esta parte del libro se centran en la relación entre Romero y los medios de comunicación (Lucía Annunziata y Maurizio Chierici cuentan sus vivencias personales) y en la colocación de Romero entre el mito y la Historia: en ese sentido, como recuerda Andrea Riccardi, la mitificación de un personaje dificulta la labor del historiador, que debe situarse fuera de dicha mitificación para analizar la realidad vital y pastoral de Romero con la suficiente objetividad.

Así concluye un libro francamente interesante donde, como ya hemos dicho, y como por otra parte es lógico dada la gran cantidad de autores que han colaborado en él, lo que más se aprecia es su pluralidad: análisis minuciosos, narración de vivencias personales, relato de contextos históricos, etc., y cada uno con una visión particular de la figura de Romero. Por todo ello, consideramos que el resultado es una excelente obra que puede ser el punto de partida de la biografía definitiva de Romero, una tarea inmensa por la complejidad de la misma pero, en cualquier caso, perfectamente abordable y, de hecho, necesariamente abordable.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

CARLOS DÍAZ, *Guillermo Roviroso* (Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2002), 94 pp. ISBN: 84-95334-17-8.

La actuación de la Iglesia católica durante el «primer franquismo» (1939-1953) ha sido objeto de numerosas críticas a raíz del apoyo que la institución dio a la dictadura de Franco y, en función de ello, su silencio ante la represión y la pérdida de libertades en muchos terrenos. Aunque nosotros creemos que lo que realmente imperó fue el recuerdo constante de la guerra y el miedo ante un Régimen que obligaba a una radicalización de las posiciones, no podemos negar que, en muchos sentidos, aquella Iglesia no supo estar a la altura de las circunstancias. Sin embargo, no todo fueron elementos negativos. La jerarquía fue capaz, al menos en algunos casos, de hacer examen interior de por qué había habido una persecución anticlerical tan brutal durante la Guerra Civil y se dio cuenta de que uno de sus grandes errores ha-